

CRÍTICA, LIBERTAD E INDIVIDUALISMO EN EL HOMBRE QUE AMABA A LOS PERROS

Pedro García Guirao

Universidad de Ostrava
República Checa
pedro.garcia@osu.cz

doi.org/10.15452/SR.2020.20.0003

Resumen. Este ensayo analiza la novela histórica basada en hechos reales *El hombre que amaba a los perros* (2009), centrándose en los temas de la libertad política, religiosa, sexual, artística y comercial o, más bien, en la ausencia de estas en contextos como la URSS, la España de la Guerra Civil, el México de los años 40 y, sobre todo, la Cuba del *Período especial* (1991-2000). Esa ausencia de libertades viene representada en la novela de Leonardo Padura por la corrupción extendida de los funcionarios y de los miembros del Partido, por las sangrientas cribas ideológicas y los asesinatos selectivos, por la persecución de las creencias personales, por el estigma social y político contra los homosexuales, por la censura de las artes y la imposición de un canon artístico, y por la falta de una libertad comercial que podría haber garantizado una vida cotidiana digna. De igual modo, este trabajo examina hasta qué punto la disolución y el colapso de la Unión Soviética (1991) y de los países afines –con los posteriores anuncios del *fin de la historia*– produjeron una fuerte crisis ideológica y política, aunque, fundamentalmente, una crisis de valores éticos que también recoge Padura en su novela.

Palabras clave. Cuba. Estalinismo. Libertades. Mundo postsoviético. Represión. Religión.

Abstract. Criticism, Freedom and Individualism in *The Man who Loved Dogs*. This essay takes as a starting point the historical novel based on true stories *The Man who Loved Dogs* (2009). The analysis focuses on issues related to political, religious, sexual, artistic and commercial freedom; or rather, to be more accurate, on issues related to the lack of these freedoms in contexts such as the USSR, Spain during the Civil War, Mexico in the 40's and, most importantly, Cuba during the *Special Period in Time of Peace* (1991–2000). This absence of individual freedoms is represented in Leonardo Padura's novel by a widespread corruption of public workers and Party members, by aggressive ideological sieves and selective killings, by persecutions of individuals' beliefs, by harassment and discrimination against LGBT people, by censoring arts and by an imposed artistic canon, and by a lack of commercial freedom that could have guaranteed dignifying daily living conditions. Similarly, this work examines to what extent the

collapse of the Soviet Union (1991) and like-minded countries –with the subsequent announced *end of history*– produced a deep ideological and political crisis, but above all, a crisis of ethical and moral values, both included in Padura's novel.

Keywords. Cuba. Freedoms. Post-Soviet world. Repression. Religion. Stalinism.

1. Introducción

Al final de una de las entrevistas concedidas por el escritor cubano Leonardo Padura Fuentes, el autor afirmaba que no le gusta escribir sobre política en sus novelas. Poco después, hablando sobre *El hombre que amaba a los perros* (2009), añadía: «[...] el asesinato de Trotski y el estalinismo me llevaron directamente a la política. Por muchas razones, para mi próximo libro llegué a la idea de escribir una novela sobre la libertad como concepto filosófico, como condición de vida del ser humano: la libertad política, religiosa, sexual, artística, comercial» (Newman, 2013:57).

El propósito de este ensayo es mostrar cómo ya existe en *El hombre que amaba a los perros* todo un tratado –más o menos velado– en torno a todas las libertades mencionadas con anterioridad, junto con una elaborada crítica contra los regímenes totalitarios del pasado y del presente, donde la ausencia y la persecución de estas libertades conviven con la dura supervivencia del día a día. Esta novela no solo se limita a hacer una crítica de los sufrimientos diarios del vivir en una cotidianeidad plagada de escaseces y represión sino que, además, presenta una serie de antidotos para que la historia de los totalitarismos no se repita, ni se prenda de nuevo la mecha de «[l]a leña seca del odio y el miedo» (Padura, 2009: 708)¹. Empecemos entonces por los itinerarios de la libertad sugeridos por Padura en esta novela histórica basada en hechos reales, donde se nos narra cómo el personaje de Iván Cárdenas Maturell (un aspirante a escritor al que el régimen cubano le cortó las alas literarias y acabó ejerciendo de improvisado veterinario) conoció a finales de los años 70 del siglo pasado en una playa cubana a un decrepito Jaime López (léase Ramón Mercader, 1913-1978), quien el 21 de agosto de 1940 asesinó a León Trotski en Coyoacán (México) en una operación secreta que se había gestado principalmente en la URSS, en la España de la Guerra Civil y en México². En este sentido, el libro es la «representación novelística de dos de los procesos históricos más traumáticos del siglo XX: el nazismo y el estalinismo» (Tabío, 2016: 110).

Antes de empezar conviene aclarar que la narrativa sobre esta falta de libertades en la literatura cubana (y/o latinoamericana), por supuesto no nace solo con Padura sino que hay toda una generación alrededor del desencanto revolucionario, donde destacan, entre otros, Abilio Estévez y Arturo Arango (Fornet, 2003: 19-20). A nivel continental, valga decir que el desencanto ante las revoluciones puede observarse con claridad, entre otros países, en México:

En América Latina, el tema de la revolución frustrada tuvo excepcional repercusión en México, donde se generó una novelística que, en la amplísima gama cronológica, literaria e ideológica que va de *Los de abajo* (1915), de Mariano Azuela, a *La muerte de Artemio Cruz* (1962), de Carlos Fuentes, acusaba a la revolución de haber secuestrado o corrompido los principios por los que se había luchado» (Fornet, 2003: 4).

Como veremos en lo que sigue, no es de extrañar que la crítica haya catalogado a Leonardo Padura como «...el escritor cubano más conocido del desencanto» (López, 2012: 1).

2. La libertad política

Desde el primer momento, Padura se muestra muy crítico –por medio de la voz de diferentes personajes– con el devenir de los contextos históricos que aparecen en su novela, esto es, con la degeneración progresiva de la Revolución Rusa de Febrero de 1917 y la Revolución de Octubre

¹ A partir de aquí usaremos la abreviatura HAP para referirnos a *El hombre que amaba a los perros*.

² Nótese que esos escenarios coinciden con los narrados en *La consagración de la primavera*, publicada por el escritor cubano Alejo Carpentier en 1978.

pero, sobre todo, con el ascenso al poder de Iósif Stalin a partir de la década de 1920, también con el papel de los comunistas en la guerra civil española (1936-1939) y en la II Guerra Mundial (1939-1945), con las actuaciones del Partido Comunista Mexicano (durante el período de la II Guerra Mundial) y con el llamado *Período Especial en Tiempos de Paz* que azotó Cuba durante al menos una década, a partir de 1991. En cualquier caso, ni esa crítica ni ese descontento serían suficientes para tachar al autor ni sus obras como «anti-castristas». Aunque el criterio de demarcación entre los autores cubanos descontentos con la Revolución y aquellos abiertamente anticastristas pueda parecer nimio, en realidad, los primeros «...sustentan su desencanto en las insuficiencias y contradicciones de una Revolución en la que creyeron o creen; los de la llamada ‘novela anticastrista’ parten de una supuesta traición, porque para sus autores la revolución realmente existente es, casi desde el principio, espuria e ilegítima» (Fornet, 2003:11). Teniendo en cuenta lo anterior, vamos a investigar esas «insuficiencias y contradicciones» de las revoluciones. Para que la libertad política hubiera podido darse en esos entornos habrían hecho falta como mínimo tres requisitos que podemos entresacar de la novela aquí estudiada.

En primer lugar, para que haya libertad política y democracia se hace imprescindible que exista la oposición. Para el personaje novelado de Trotski, uno de los errores imperdonables de Iósif Stalin habría sido confundir al adversario político con un enemigo mortal al que había que eliminar. Trotski reflexiona sobre ello en la novela cuando está en su exilio turco (1929-1933) y recibe la noticia de que su amigo, el agente judío Yakov Blumkin, ha sido condenado a muerte poco después de visitarlo y mostrarle su apoyo. En la novela, el narrador lo expresa del siguiente modo:

Pero esa vez Stalin había ido demasiado lejos: matar a los rivales por disputas políticas era cometer el mismo error que los jacobinos y abrir las puertas de la revolución a la venganza y la violencia fratricida. Una de las condiciones que siempre exigió Lenin (que no era muy piadoso cuando la política lo exigía...) fue que no corriera la sangre entre ellos. La muerte del pequeño Yákov tenía que servir para remover la conciencia de todos los comunistas que obedecían a Stalin. Blumkin puede ser el Sacco y Vanzetti de nuestra lucha... (HAP: 52)

Siguiendo los argumentos del filósofo alemán Carl Schmitt, el problema parecería estar en que en esa dicotomía *amigo/enemigo* siempre está latente la posibilidad de la guerra continua y, lo que es peor, que las fronteras entre *amigo/enemigo* se vuelvan borrosas y se deshumanice al enemigo para exterminarlo con más facilidad (1999: 60). En la novela podemos constatar que a medida que el estalinismo se iba haciendo fuerte, el perímetro de la enemistad iba creciendo del Partido a la sociedad pero también desde el Partido hacia sus propios miembros, en forma de purgas indiscriminadas. A continuación, el narrador nos advierte que sin oposición política ni libertad de expresión, la utopía soviética se tornó en una distopía que acabó devorando a sus propios hijos:

Tal vez el primer error del bolchevismo debió de pensar Liev Davidovich, fue la radical eliminación de las tendencias políticas que se le oponían: cuando esa política pasó del exterior de la sociedad al interior del Partido, el fin de la utopía había comenzado. Si se hubiera permitido la libertad de expresión en la sociedad y dentro del Partido, el terror no hubiera podido implantarse. Por eso Stalin había emprendido la depuración política e intelectual, de manera que todo quedara bajo el control de un Estado devorado por el Partido, de un Partido devorado por el Secretario General [...] (HAP: 331).

No obstante, ese odio mortal hacia el adversario político no es exclusivo de los periodos revolucionarios ni de las guerras civiles ya que, como podemos ver en el libro, una vez pasado el furor

revolucionario, el adversario sigue siendo un enemigo a combatir. Sin ir más lejos, Tom o Kotov (nombre real: Leonid Aleksándrovich Eitingon), el oficial de inteligencia soviético y organizador del terrorismo de estado estalinista, se lo explica a Ramón Mercader una vez que este sale de la cárcel después de 20 años y es condecorado en privado como *Héroe de la Unión Soviética con la Orden de Lenin y la Medalla de Oro* por haber matado a Trotski. Los dos se reúnen en Moscú para celebrarlo por todo lo alto³ y en esa celebración ética, Tom no solo confunde al adversario político con un enemigo al que hay que eliminar sino que promueve humillarlo, denigrarlo e injuriarlo. Tom se lo espeta en los siguientes términos al nuevo Ramón Paulovich/Ivanovich López⁴: «Esa es la táctica: eliminar al enemigo, pero además cubrirlo de mierda, de mucha, mucha mierda, que lo desborde la mierda» (HAP: 401).

En segundo lugar, otro requisito de la libertad política que aparece bosquejado en *El hombre que amaba a los perros* es el de la temporalidad del partido en el poder, o sea, el de la alternancia política mediante elecciones democráticas. Intentar perpetuarse en el poder, aun teniendo supuestamente las mejores intenciones revolucionarias (el derrocamiento de un zar tirano en el caso ruso y de un dictador militar como Fulgencio Batista en el caso cubano), va en contra de la libertad política que está en manos de la mayoría. A su vez, esa mayoría tiene derecho a la conversión política, es decir, a la libre elección o cambio de ideología o partido según su parecer. En consecuencia, la prohibición de los partidos políticos democráticos y el despliegue de la censura son enemigos de la libertad y de la pluralidad política. En la novela, la reflexión a propósito de ello sale de un discurso interior de Trotski sobre Stalin:

¿No habría enarbolado las justificaciones de la supervivencia de la Revolución para aplastar rivales, como en 1918 las utilizó Lenin para ilegalizar los partidos que junto a los bolcheviques habían luchado por la revolución? ¿Habría sido capaz de sostener la pertinencia democrática de una oposición, de facciones dentro del Partido, de una prensa sin censura? (HAP: 55).

Trotski sabía que la respuesta a todas esas preguntas retóricas era un rotundo no. Para Padura, la Unión Soviética no era la única que sentía esa fobia por la pluralidad política que identificaban con la división, el caos y la corrupción. Así nos lo hace saber de nuevo un narrador omnisciente al mostrar, por ejemplo, que a los comunistas les horrorizaba el amplio espectro político de la Segunda República Española⁵, de ahí, según ellos, la necesidad de poner orden con la ayuda de sangrientas purgas y con el envío de comisarios y espías políticos. Los únicos que debían sobrevivir eran la facción de los comunistas que contaban con el beneplácito de Moscú. El narrador se refiere a esa pluralidad usando el siguiente tono despectivo que, de forma introspectiva, sale de la mente de Ramón Mercader:

3 Tras su liberación el 6 mayo de 1960, Ramón Mercader (todavía bajo el nombre de Jaques Mornard) pudo viajar a Moscú (México-Habana-Praga-Moscú) gracias a un pasaporte checoslovaco (Opatrný, 2015: 128).

4 Ramón Mercader tuvo más de cinco identidades encubiertas: Ramón Paulovich, Soldado 13, Jacques Mornard, Franc Jacson y Jaime Ramón López.

5 Conviene recordar la composición del llamado *Frente Popular*, creado en enero de 1936 y formado por: Partido Socialista Obrero Español, Izquierda Republicana, Unión Republicana, Esquerra Republicana de Catalunya, Partido Comunista de España, Acció Catalana, Unió Socialista de Catalunya, Partido Galleguista, Partit Nacionalista Republicà d'Esquerra, Unió de Rabassaires, Partido Republicano Democrático Federal, Republicanos independientes de Izquierdas, Partit Català Proletari, Esquerra Valenciana, Partido Obrero de Unificación Marxista, Partido Sindicalista y Partido Sindicalista Independiente. Además de contar con los apoyos de los sindicatos UGT y CNT-FAI.

Tranvías y autobuses detenidos cortaban el tráfico y por todas partes se desplegaban banderas que advertían de la filiación política de los defensores de cada esquina: comunistas, socialistas, anarquistas, poumistas, catalanistas, sindicalistas, cenetistas, tropas regulares, milicias y policías, en un calidoscopio centrífugo que convenció al joven de la necesidad de aquella batida: ninguna guerra podía ganarse con una retaguardia tan caótica y dividida (HAP: 150).

Un tercer y último requisito dentro de la libertad política requiere que haya una libertad individual donde cada persona pueda ejercer su voluntad sin someter a los otros ni, a su vez, ser sometido por los otros. O, dicho de otro modo, no hay que dejarse llevar por las masas sino que, por el contrario, hay que optar por el libre albedrío frente a la unanimidad de la oratoria comunista. Para el régimen, salirse de la masa era una auténtica herejía punible. A lo largo de su novela Padura nos deja entrever que la libertad individual es impensable para el estalinismo, sobre todo porque para este el individuo no existe en cuanto tal. Así se lo hace saber de nuevo Tom (alias Kotov) a Ramón Mercader:

Mira, hay algo muy importante que me enseñaron nada más entrar en la *Cheka*: el hombre es relegable, sustituible. El individuo no es una unidad irrepetible, sino un concepto que se suma y forma la masa, que sí es real. Pero el hombre en cuanto individuo no es sagrado y, por tanto, es prescindible. Por eso hemos arremetido contra todas las religiones, especialmente el cristianismo, que dice esa tontería de que el hombre está hecho a semejanza de Dios. Eso nos permite ser impíos, deshacernos de la compasión que engendra toda piedad: el pecado no existe [...]. *Nomina odiosa sunt*. Importa el sueño, no el hombre, y menos aún el nombre. Nadie es importante, todos somos prescindibles... Y si tú llegas a tocar la gloria revolucionaria, lo harás sin tener un nombre real. Quizás nunca más lo tengas (HAP: 242).

En esa negación del individuo solo hay obediencia, miedo (Montes, 2014: 137-145) y fe dogmática en el Partido. El Partido piensa por todos, por tanto, no hay lugar a críticas ni a plantearse otras alternativas. Tal como se suele decir en estos escenarios, «nada molesta tanto a un burócrata como la libertad de los hombres errantes» (citado en Aínsa, 2014: 114). Esto es algo que también África, la amante y camarada de Ramón Mercader, insistía en recordarle siempre que podía, todavía en la España de los años 30 del siglo pasado: «El Partido siempre tiene la razón, dijo, y si no entiendes, no importa, tienes que obedecer, y zanjó la discusión» (HAP: 74). Si esta afirmación quizás se vea justificada por la dialéctica del fervor revolucionario de la guerra civil española, resulta indefendible al hacer balance de lo que significó el estalinismo para la Unión Soviética. En la novela, ese balance crítico y al mismo tiempo nostálgico viene de la mano de Luis Mercader (hermano de Ramón) en discusión con su esposa rusa mientras se toman unos tragos de vodka. Galina –que así se llama la esposa– habla abiertamente de que el estalinismo no tenía nada que ver con la democracia y que había que recomenzar el experimento comunista, aunque esta vez sin represión:

Pero empezar el negocio sin engañar a nadie, sin joder a otro porque piense distinto de ti, sin que se busquen pretextos para callarte la boca y sin decirte, además, que cuando te cogen el culo lo hacen por tu bien y por el bien de la humanidad, y que ni siquiera tienes derecho a protestar o a decir que te duele, pues no se le deben dar argumentos al enemigo y todas esas justificaciones. Sin chantajes... El problema es que quienes deciden por nosotros decidieron que estaba bien un poco de democracia, pero no tanta... y al final se olvidaron hasta del poco que nos tocaba, y toda aquella cosa tan bonita se convirtió en una comisaría de policías dedicados a proteger el poder (HAP: 471).

De ahí que la libertad política que en principio se le ofreció al pueblo (o que este mismo tomó mediante las armas) durante la revolución roja comenzara a percibirse muy pronto en la trama del libro, como un despotismo ilustrado con su viejo eslogan de «todo para el pueblo, pero sin el pueblo». Trotski o, más bien, un narrador omnisciente, lo formula en la novela del siguiente modo:

La dictadura proletaria debía eliminar a las clases explotadoras, pero ¿también reprimir a los trabajadores? La disyuntiva había resultado dramática y maniquea: no era posible permitir la expresión de la voluntad popular, pues ésta podría revertir el proceso mismo. Pero la abolición de esa voluntad privaba al gobierno bolchevique de su legitimidad esencial: llegado el momento en que las masas dejaban de creer, se impuso la necesidad de hacerlas creer por la fuerza. Y aplicaron la fuerza. En Kronstadt [...] la revolución había comenzado a devorar a sus propios hijos y a él le había correspondido el triste honor de haber dado la orden que inauguró el banquete (HAP: 55).

Al final, no resultaba tan difícil imaginar escenarios sociales y políticos alternativos; lo que sí traía cola era poner en práctica esos escenarios y que no devinieran, a la larga, en experimentos tiránicos o pseudo-democráticos.

3. La libertad religiosa

Antes de nada, debemos notar que la Constitución de 1976 de la República de Cuba declara en el cap. I/art. 8: «El Estado reconoce, respeta y garantiza la libertad religiosa. En la República de Cuba, las instituciones religiosas están separadas del Estado. Las distintas creencias y religiones gozan de igual consideración». Y en su cap. VI/art. 42:

La discriminación por motivo de raza, color de la piel, sexo, origen nacional, creencias religiosas y cualquier otra lesiva a la dignidad humana está proscrita y es sancionada por la ley. Las instituciones del Estado educan a todos, desde la más temprana edad, en el principio de la igualdad de los seres humanos.

Y, por último, en el art. 55 se mantiene que: «El Estado, que reconoce, respeta y garantiza la libertad de conciencia y de religión, reconoce, respeta y garantiza a la vez la libertad de cada ciudadano de cambiar de creencias religiosas o no tener ninguna, y a profesar, dentro del respeto a la ley, el culto religioso de su preferencia»⁶. Ante esos artículos uno podría pensar que no habría de qué preocuparse dado que parece garantizarse, al menos en teoría, la libertad religiosa. Ahora bien, la realidad literaria de la novela que estamos analizando parece contradecir esa realidad constitucionalista. La propuesta religiosa defendida por Padura en *El hombre que amaba a los perros* pasa tanto por una defensa de la libertad y la tolerancia religiosa –aun cuando uno no sea creyente– como por una crítica del ateísmo oficial impuesto por el régimen socialista. Para Padura y su personaje Iván Cárdenas, la clave estaría en elegir libremente la religión que se quiera e incluso en elegir libremente no tener ninguna, sin que ello generara represalias ni exclusiones sociales de ningún tipo, esto es, la clave estaría simplemente en que el Estado socialista hubiera respetado cada uno de los puntos expuestos en su Constitución. No obstante, Iván Cárdenas, el *alter ego* del propio Padura, nos informa que eso no se dio en Cuba:

Que en medio de todas aquellas efervescencias nos enteráramos de que dos de los maestros de la universidad habían sido suspendidos de su trabajo docente por haber confesado que profesaban

6 «Constituciones cubanas», en https://capacitacioncgr.jovenclub.cu/?page_id=6961 [cit. 01-10-2019].

creencias religiosas nos conmovió, pero escuchamos en silencio y aceptamos como lógicas las imputaciones destinadas a fundamentar una decisión refrendada con el apoyo partidista y ministerial (HAP: 64).

Eso es lo que certifica el personaje ficticio aun así, Padura, por su parte, manifestó en una entrevista que esa persecución religiosa en la Isla se podía considerar como un verdadero acto de censura institucional extendida y no como algo excepcional: «La censura estaba presente en muchos componentes de la vida. Si eras religioso tenías que esconder esa religiosidad, y era un acto de censura [...]» (Newman, 2013: 55). Poco antes, en esa misma entrevista, el autor cubano parece darnos la clave para entender semejante censura: «[Cuba] era un país ateo donde se nos enseñaba ateísmo científico en la universidad» (Newman, 2013: 53). A pesar de ese ateísmo científico⁷, el autor pone en boca de Iván Cárdenas su personal concepción religiosa, esto es, una religión sin rezos, ni iglesias, ni ceremonias, pero con un *ethos* vital y espiritual basado en la simbología y en los valores que representa algo tan sencillo como una cruz que Iván Cárdenas encuentra, por casualidad, en la orilla de una playa cubana mientras esperaba reunirse con un impuntual Jaime López (Ramón Mercader):

Medio ocultos por unas algas felpudas, vi entonces aquellos pedazos de madera renegrida que parecían formar una cruz y que, de hecho, eran los brazos de una cruz. La madera, corroída, advertía que tal vez aquella cruz –de unos cuarenta por veinte centímetros– llevaba mucho tiempo a merced del mar y la arena, pero a la vez resultaba evidente que recién había arribado a la costa, empujada por el oleaje del último frente frío. Nada la hacía particular: eran solo dos piezas de madera oscura, muy densa, erosionadas, devastadas seguramente con una gubia, cruzadas y fijadas entre sí por dos tornillos oxidados. Sin embargo, aquella cruz rústica, quizás por su desgastada madera, quizás por estar donde estaba (¿de dónde había venido, a quién había pertenecido?), me atrajo tanto que, a pesar de mi ateísmo, decidí cargar con ella luego de lavarla en el mar. La cruz del naufragio, la llamé, aun cuando no tenía idea de su origen y sin sospechar por cuánto tiempo me acompañaría (HAP: 156).

Esa misma cruz será la que abraza Ana, la segunda esposa de Iván Cárdenas, en su lecho de muerte (poco después del paso del huracán Iván en septiembre de 2004)⁸ y con la que él mismo será enterrado al final del libro pese a no ser creyente. Iván no cree porque, para él, los religiosos cubanos se habían aliado con el poder, hasta tal punto que la Iglesia se había convertido en una herramienta controladora y llena de contradicciones al servicio del régimen socialista. Lo paradójico en la Isla parecía ser que el régimen perseguía a los creyentes mientras colmaba de favores a los líderes religiosos que se congraciaban con (o bien no se inmiscuían) los asuntos del Estado socialista. Iván Cárdenas detalla su pérdida de fe en los siguientes términos:

Pero mi capacidad de creer se había estropeado para siempre, y aunque leía la Biblia y asistía al culto, constantemente rompía las reglas de la ortodoxia rígida exigida por aquella fe: demasiadas

7 Padura reconoce que toda su generación pasó por seminarios de ateísmo científico, por ello: «rechazamos cualquier creencia religiosa, pues, además, bien sabíamos (eso sí lo sabíamos) que profesar alguna y publicarlo podía ser considerado una grave debilidad ideológica –tan estigmatizada como la homosexualidad–, capaz de incapacitar al estudiante en su ascenso social y, en casos extremos, llevar a su marginación y hasta expulsión de determinadas carreras superiores» (2019: 64).

8 En la narrativa de Padura no es la primera vez que el autor incluye la imagen devastadora de este viento impetuoso y temible para señalar el descalabro metafórico de los ideales revolucionarios y de los sueños de varias generaciones latinoamericanas (también europeas). En 1998 publicó *Paisaje de otoño*, donde el personaje Mario Conde espera la llegada de un terrible huracán que puede acabar con todo y con todos. «Y el anhelado huracán llega, barriendo con todo lo que encuentra a su paso» (Fornet, 2003: 16).

obligaciones inapelables para una sola vida, demasiados deseos de controlar a los fieles y sus ideas para una religión libremente elegida. El control, el cabrón control. Lo que terminó de complicar mi credulidad fue, sin embargo, el reclamo de una necesaria humildad cristiana proclamada desde el púlpito por unos jefes teatrales, de cuya sinceridad empecé a dudar cuando supe de la existencia de autos, viajes al extranjero y privilegios, adquiridos a cambio del olvido del pasado, complicidad y silencio (HAP: 429).

Pese a estas aparentes contradicciones entre ser ateo y tener apego por la simbología cristiana representada por la cruz, la literatura de Leonardo Padura sigue apostando por la libertad religiosa y acaba denunciando un régimen que, en nombre de principios revolucionarios, abolió incluso las fiestas populares de tipo religioso tales como la Navidad. Hasta el propio Jaime López (Ramón Mercader) lo expone cuando intenta planificar un nuevo encuentro con Iván Cárdenas, que tendrá que demorar por motivos navideños:

Mi mujer es la comunista más rara que conozco. Hasta en Moscú se empeñaba en celebrar la Nochebuena y las navidades. Para ella son sagradas, y nunca mejor dicho... Y no querrá soltarme en todos estos días, así que me va a ser difícil venir hasta después de Año Nuevo. Tengo que complacerla (HAP: 212).

A Iván Cárdenas no le sorprende la anécdota sobre la esposa de López, pero sí que este, al despedirse hasta su próximo encuentro, le deseara una feliz Navidad en el escenario de la Cuba castrista:

–Que tengas una feliz Navidad.

–Lo propio –alcancé a decir en medio de mi conmoción, y de inmediato me di cuenta de que hacía mucho tiempo que no pronunciaba ni oía aquellas dos palabras que en Cuba únicamente se utilizaban como fórmula para devolver felicitaciones navideñas, aquellas fiestas desde hacía varios años desterradas de la isla científicamente atea y demasiado necesitada de cada jornada de trabajo como para darse el lujo de desaprovechar algunas de esas valiosas jornadas (HAP: 213).

El ajuste de cuentas autobiográfico que el escritor cubano despliega en la novela no acaba solo con una denuncia de esos promotores de las persecuciones anticatólicas dentro del comunismo y del socialismo cubano. De igual modo, en su novela Padura quiere dejar constancia de las simpatías del estalinismo por el antisemitismo, presentando a Stalin como un gran antijudío (cf. Trotsky, 1941 y Traverso, 2003). O al menos ese es uno de los argumentos que esgrime el narrador al contextualizar las sospechosas cribas de judíos (entre los que se encontraba Trotsky) que Stalin desencadenó por supuestas discrepancias ideológicas y por acusaciones de ser antirrevolucionarios:

Cuando se develó la lista de los veintiún acusados, Liev Davidovich encontró muchos nombres previsibles: Ríkov, Bujarin, Rakovsky, Yagoda, y él, *in absentia*. También se juzgaría la memoria de Liev Sedov, su eterno lugarteniente, y a personajes menos conocidos, entre ellos médicos, embajadores y funcionarios. De los acusados, trece eran de origen judío, y tal insistencia en llevar hebreos a aquellos procesos podía leerse como otra señal de simpatía hacia Hitler y como testimonio del antisemitismo visceral de Stalin (HAP: 297).

Ya sea en el ambiente cubano, en el soviético, en el alemán o en el español, Padura nos muestra que, salvando las distancias, en mayor o menor medida y por razones diferentes –o usando escalas represivas muy diferentes– no se respetó la libertad religiosa en ninguno de los casos.

4. La libertad sexual

En *El hombre que amaba a los perros* el autor cubano dedica especial atención al tema de la libertad sexual y aborda esa problemática poco después de las primeras cincuenta páginas del libro. Hasta tal punto lo cree relevante que nos introduce a su protagonista, Iván Cárdenas, con la «desgracia» estigmatizadora de tener un hermano homosexual en la Cuba de finales de la década de 1970⁹. Aun así, en un primer momento, Iván se toma de un modo un tanto banal y hasta chismoso la expulsión de la universidad de dos profesoras por ser lesbianas, asociando la homosexualidad femenina casi con la fealdad:

Más tarde, que otras dos profesoras resultaran definitivamente expulsadas por su preferencia sexual «invertida», no nos alarmó demasiado y si acaso nos provocó una sacudida hormonal, pues quién iba a decir que aquellas dos maestras eran un par de tortilleras, sobre todo la trigueña, con lo buena que estaba en la plenitud jamona de sus cuarenta años (HAP: 64).

De cualquier modo, esos comentarios jocosos y sexistas pronto se vuelven dramáticos cuando Iván explica cómo poco después de su boda con su primera mujer Raquel, en el verano de 1977, se develó la homosexualidad de su hermano pequeño William. En realidad, Iván narra que la sexualidad de su hermano pequeño era un secreto a voces casi desde que nació y que sus padres, por consejo médico, le habían puesto un tratamiento a base de inyecciones de hormonas y de años de terapia psicológica con la intención de «curarlo» de sus tendencias homosexuales porque esta se concebía, junto a la religión, como un «rasgo de debilidad ideológica» (Padura, 2019: 67). En cualquier caso, Iván sospechaba que, tarde o temprano, pese a esa medicalización, la naturaleza seguiría su curso y William volvería a tener pulsiones homosexuales (o «afeminamiento retraído» como lo llama el protagonista): «[...] todo el tiempo sospeché que su homosexualidad estaba solo latente, y algún día bostezaría. Pero nunca imaginé que el despertar se convertiría en una verdadera pesadilla que terminaría por envolvernos a todos» (HAP: 110). Y esa pesadilla comenzó para William cuando acababa de iniciar una prometedora carrera en la Escuela de Medicina y fue acusado de tener una relación con su profesor de Anatomía. Este había sido denunciado públicamente por otro profesor en una reunión del Partido. Al principio, el profesor lo negó todo, pero no el osado William, que fue castigado por esa salida del armario:

...pero William, después de rechazar durante semanas y con toda su vehemencia aquella acusación, echó mano a un coraje que yo le desconocía y se rebeló contra un ocultamiento agotador y represivo, y dijo que sí, él era homosexual, desde los trece años ejercía como tal, activa y pasivamente, aunque se negó a confesar con quiénes había realizado tales actividades pues ése era un asunto privado y a nadie más que a él le incumbía. [...] La sentencia estaba dictada de antemano y la comisión de factores aplicó sus medidas: el profesor sería expulsado indefinidamente del Partido y del sistema nacional de enseñanza, mientras William era separado dos años de la universidad, pero definitivamente de los estudios de medicina (HAP: 111).

William estaba dispuesto a cumplir esos dos años de expulsión de la carrera de Medicina, aunque quería seguir en la universidad tras el injusto castigo; algo que no le permitieron. Lo peor es que sus padres, Antonio y Sara, lo echaron de casa como reacción a la presión social que se había generado al hacerse público su caso. Para Iván ese fue el principio del hundimiento de su

⁹ Para una genealogía de los orígenes de esta cuestión hasta nuestros días, véanse Negrón-Muntaner (2008: 163-179) y Alderete (2013: 1-15).

hermano y lo que le llevó hasta su muerte al intentar cruzar el Estrecho de Florida, junto a su amante y antiguo profesor Felipe Arteaga Martínez. Sus cuerpos jamás aparecieron. El protagonista de la novela se lamenta varias veces de que ni siquiera su familia hubiera reconocido la libertad de elección sexual de su hermano y su derecho a estudiar la carrera que hubiera querido. Empero, Iván culpa de todo ese drama al estado homófobo cubano («con todas sus mezquindades sociales, políticas, culturales y religiosas» (HAP: 269) y lo hace de este modo:

[...] el verdadero origen de lo ocurrido: la persistencia de una homofobia institucionalizada, de un fundamentalismo ideológico extendido, que rechazaba y reprimía lo diferente y se cebaba en los más vulnerables, en quienes no se ajustasen a los cánones de la ortodoxia. Entonces comprendí que tanto mis padres como yo habíamos sido juguetes de prejuicios ancestrales, de presiones ambientales del momento y, sobre todo, víctimas del miedo, tanto o más (sin duda más) que William (HAP: 155).

Es más, Iván se lamenta a lo largo de sus intervenciones de que su hermano tuviera una malísima suerte porque de haber esperado unos meses para marcharse a EE.UU., el régimen le habría abierto las puertas amparado por la ley. Iván se refiere, aunque no se mencione en el libro, al llamado Éxodo del Mariel, cuando Fidel Castro autorizó un éxodo masivo de disidentes y otras personas consideradas indeseables a través del puerto Mariel en abril y octubre de 1980. Iván expresa el *fatum* de su hermano de este modo: «Con el papel de la baja de la universidad, donde decía que era un maricón antisocial, lo hubieran montado en una lancha y se habría ido sin problemas» (HAP: 352). Por último, este personaje insiste en que el caso particular de su hermano no debe percibirse como una excepción dentro de Cuba, sino como una forma de censura y represión de la libertad sexual generalizada: «Sé que la historia de la caída de William –como muchos de mis propios tropezones– puede parecer hoy hasta exagerada, pero lo cierto es que durante muchos años fue común a muchísima gente» (HAP: III)¹⁰. A este personaje, la falta de libertad sexual en la Isla le costó perder un hermano, vivir en una familia estigmatizada por la sexualidad de uno de sus miembros, pero también fue el desencadenante de que cayera en desgracia en su prometedora carrera como escritor y periodista; y todo por defender públicamente –creyendo que vivía bajo la libertad de expresión– que ni la religión ni la sexualidad de los ciudadanos podían usarse contra ellos, mientras cumplieran con la ley. Esas opiniones llegarían a oídos de cargos importantes del Partido, negándosele el ingreso en la élite de la Unión de Jóvenes Comunistas (UJC) y cerrándosele, de este modo, importantes puertas laborales y vitales. Pero de los peligros de ejercer la libertad de expresión en regímenes poco democráticos hablaremos a continuación.

5. Libertad artística, de expresión, de prensa y de información

El cuarto tipo de libertad (o ausencia de libertad) que Padura novela en su libro es la libertad artística y, por extensión, la libertad de expresión, de prensa y de información. En la novela, la libertad intelectual plasmada en una publicación no censurada o prohibida podría haber salvado, por ejemplo, la vida de Trotski. El propio personaje de Ramón Mercader cuando regresó a la URSS menciona que en la cárcel mexicana alguien le pasó varios libros prohibidos en su época y que de haberlos leído 25 años antes jamás habría cometido el crimen contra Trotski:

Nunca supe quién los puso en mi celda. Lo que sí supe es que si antes de ir a México yo hubiese leído esos libros, creo que no lo habría matado... Pero tienes razón, yo era un cínico el día en que lo maté.

¹⁰ Existe incluso todo un grupo al que se conoce como *la generación del Mariel*. A este propósito véase Correa Mujica (2003).

En eso me habíais convertido. Fui una marioneta, un infeliz que tenía fe y creyó lo que tipos como tú y Caridad le dijeron (HAP: 458).

De la misma manera, un régimen, sea el que sea, donde sus poetas se suicidan no por un impulso romántico ni por una patología depresiva sino por la mano invisible represiva y la persecución impuesta por un partido, no podía llamarse revolucionario. El personaje de Trotski se refiere a ese mundo de tendencias suicidas y falta de libertad creativa con los sustantivos de «mediocridad» y «perversión» (HAP: 42). Estas reflexiones le surgen cuando tiene noticias del suicidio, en abril de 1930, del gran poeta revolucionario Vladimir Maiakovski a los 36 años. El narrador omnisciente explica la reacción de Trotski a esa noticia:

Aquel suicidio era [...] una dramática confirmación de que habían comenzado tiempos más turbulentos, de que los últimos rescoldos del matrimonio de conveniencia entre la Revolución y el arte se habían apagado, con el previsible sacrificio del arte: tiempos en los que un hombre como Maiakovski, disciplinado hasta la auto aniquilación, podía sentir en su nuca el desprecio de los amos del poder, para quienes poetas y poesía eran aberraciones de las cuales, si acaso, se podían valer para reafirmar su preeminencia, y de las que se prescindía cuando no se las necesitaba (HAP: 43).

En las citas anteriores podemos presenciar todo un brindis a la llamada biblio-política¹¹, capaz de producir miedo e ignorancia selectiva entre la población por medio de cierta cultura escrita y sentido de culpabilidad a quienes intentaran luchar por mejorar sus miserables condiciones aunque, especialmente, capaz de desencadenar el derecho de muerte y el poder sobre la vida casi como si estuviéramos en la Edad Media, tal como diría Foucault en el último capítulo del primer volumen de *Historia de la Sexualidad (voluntad de saber)*. Para el narrador omnisciente, Trotski se mostraba horrorizado al pensar en el arte producido bajo en estalinismo, donde se imponía un canon único y donde feroces censores vigilaban con mano dura que ese canon proletario fuera cumplido por los artistas, bajo amenaza de ser, como mínimo, apartados de la sociedad de no seguirse las consignas del Partido. De ahí que aquel narrador hiciera estas observaciones:

El arte en la URSS se había convertido en una pantomima en la que funcionarios armados de pluma o pincel, y vigilados por funcionarios armados de pistolas, solo tenían la posibilidad de glorificar a los grandes jefes geniales. A eso los había llevado la consigna de la unanimidad ideológica, el pretexto de que estaban sitiados por los enemigos de clase y la justificación eterna de que no era el momento apropiado para hablar de los problemas y de la verdad, para dar libertad a la poesía (HAP: 302-303).

Si esto ocurría en el mundo de las letras, las artes tampoco se escapaban de la censura ni de los criterios estéticos ni arquitectónicos impuestos por el estalinismo. El caso más representativo en la novela es el del llamado *realismo socialista*. En un punto de la novela en el que Ramón Mercader pasa a recoger a su hermano Luis por el barrio moscovita de Golyanovo, este queda decepcionado por una arquitectura proletaria que le parece deprimente, gris y fea. El narrador nos explica qué pasa por la cabeza de Ramón:

Los bloques de viviendas, cuadrados y grises, llenos de costurones de cemento sobre las rajaduras, con diminutas ventanas donde los inquilinos tendían su ropa, estaban separados por paseos de

11 Tomamos prestado el concepto «bibliopolitics» de Vialette (2018: 215).

tierra apisonada plagados de árboles que se disputaban el espacio. La monotonía de una arquitectura apresurada, empeñada en demostrar que a una persona le bastaban unos pocos metros cuadrados de techo para vivir socialistamente, provocaba vértigo por su uniformidad y despersonalización. Los números que debían identificar bloques, edificios, escaleras, habían sido borrados hacía tiempo por la nieve y la lluvia (HAP: 468-469).

Después, Luis Mercader expresa con palabras caricaturescas lo que su hermano no se atreve y afirma: «Esa es la palabra: horrible. La belleza y el socialismo parece que juegan en equipos contrarios» (HAP: 469). De igual modo, en verano de 2007 Padura viajó a Moscú para, entre otras cosas, trazar los pasos de Mercader en esa ciudad y poder novelar su vida allí; varios de los lugares que más le sorprendieron negativamente fueron, al igual que su personaje Luis Mercader, algunos «horripilantes barrios proletarios» (2019: 164). Si eso sucedía en la Rusia estalinista, en Cuba la libertad de expresión y creación tampoco vivía sus mejores momentos, aunque había herejes que tomaban altos riesgos por ejercerlas. Iván se alegra de ver que en la Isla comenzaba a despegar una nueva forma de hacer literatura: «[...] descubrí la existencia de una nueva legión de «jóvenes narradores», como entonces los calificaban, que tímidamente empezaban a escribir de un modo diferente, historias diferentes, con menos héroes y más gente jodida y triste, como en la vida real» (HAP: 272-273). Esa libertad de expresión siempre tiene que ser muy inventiva, velada, sugerente, sin señalar jamás con nombre propio. Ni que decir tiene que lo que Iván afirma es exactamente lo que hace de forma autobiográfica el escritor cubano, esto es, Padura es un experto en hablar de los problemas de Cuba pero sin mencionar a un solo protagonista real de esos problemas. Por ejemplo, es tal su astucia y precaución que en esta novela el apellido «Castro» no aparece ni una sola vez, mientras que al hablar del comunismo en la URSS, en España y en México, no tiene tantos reparos en señalar a los polémicos protagonistas reales de la historia. Algo, por otro lado, comprensible si recordamos que Leonardo Padura Fuentes no vive en el exilio exterior, sino que, desde su nacimiento en 1955, reside en el barrio de Mantilla (La Habana). O, para ser más exactos, vive en un exilio interior donde la literatura le ha permitido ejercer una forma de escapismo crítico, un alejamiento del patriotismo oficialista, burocrático y represivo, esto es, un exilio interior tan libre a nivel personal y literario que nos recuerda al discurso que pronunció Susan Sontag al recibir el *Premio de la Paz de los Libreros Alemanes* en Fráncfort (2003) y que tituló «La literatura es la libertad»:

El acceso a la literatura, a la literatura universal, me permitió escapar de la prisión de la vanidad nacional, de la falta de cultura, del obligatorio provincialismo, de la educación formal inane, de destinos imperfectos y de la mala suerte. La literatura fue el pasaporte para ingresar a una vida más amplia; es decir, la zona de la libertad. La literatura era la libertad. Especialmente ahora que los valores de la lectura y de la introspección están siendo desafiados con tanto vigor, la literatura es la libertad. (2003: 185)

Esa libertad del exilio interior se fundamenta, en el caso del cubano, en tres pilares que se asemejan demasiado a su personaje Iván: la amistad, el amor y la literatura. Una vez disuelta la utopía revolucionaria esos serían los pilares en los que refugiarse, al menos si seguimos la propuesta del recientemente fallecido escritor y crítico literario Fernando Aínsa: «Frente a este panorama solo quedan los refugios de la amistad, el amor y la literatura. En la literatura pueden reencontrarse valores universales, estímulos para la imaginación, la ironía y el sentido del humor» (2014: 124).

Igualmente, en la novela se nos muestra que esos regímenes se preocupaban en extremo por controlar la educación y el acceso a la información, en forma de censura e inculcación de consignas ideológicas y de un canon oficial. Y es que, en contextos dictatoriales, el acceso a la información suele llevar al desencantamiento –o a «la deslegitimación de los discursos y su pérdida de credibilidad» (Borroto López, 2018: 2)– pero también al pensamiento crítico, al olvido del miedo y a evitar que otras dictaduras vuelvan a suceder. Iván lo explica así reflexionando sobre el fin del bloque comunista entre 1989 y 1991:

Ahora, a duras penas, conseguíamos entender cómo y por qué toda aquella perfección se había desmerengado cuando se movieron solo dos de los ladrillos de la fortaleza: un mínimo acceso a la información y una leve pero decisiva pérdida del miedo (siempre el dichoso miedo, siempre, siempre, siempre) con el que se había condensado aquella estructura. Dos ladrillos y se vino abajo: el gigante tenía los pies de barro y sólo se había sostenido gracias al terror y la mentira... Las profecías de Trotski acabaron cumpliéndose y la fábula futurista e imaginativa de Orwell en 1984 terminó convirtiéndose en una novela descarnadamente realista. Y nosotros sin saber nada... ¿O es que no queríamos saber? (HAP: 422-423).

Al final, el personaje de Iván quería precisamente saber más pero la sed de conocimientos que no estuvieran recogidos por el canon oficial podía destrozarle la vida. De ello se da cuenta Iván cuando le pide a su amigo Dany (Daniel Fonseca Ledesma) que le busque unos libros sobre Trotski en Cuba. Este se pone muy nervioso porque no termina de comprender que investigar o querer saber más sobre un tema no lo convierta a uno en seguidor acrítico del objeto o sujeto estudiado. Por ende, Iván le espeta a su amigo: «No comas mierda, Dany [...]. No voy a meterme a trotskista ni un carajo. Lo que necesito es saber..., s-a-b-e-r, ¿me entiendes? ¿O es que también está prohibido *saber*?» (HAP: 207). En este punto, el personaje de Iván y su creador se vuelven a fusionar en un ejercicio literario donde la (auto)ficción se hace realidad y viceversa. Y esto porque Padura ha declarado en diversas ocasiones que la falta de información (o el ocultamiento y manipulación de los archivos) es un arma de control de la población, de su memoria y de la historia¹². En este punto conviene deliberar sobre las razones que llevaron a Padura a escribir una novela histórica en lugar de una biografía o un trabajo de historia tradicional. De nuevo, para Fernando Aínsa habría una dicotomía insalvable entre literatura e historia oficial (una dicotomía evidente en los escritores del exilio, pero mucho más sutil y hasta peligrosa para el exilio interior). Dicho de otro modo, en ambientes poco democráticos o manipulativos, ese tipo de literatura o de género literario se convierte en un acto militante o disidente de reescritura de la historia y de visibilidad (de quienes son negados, silenciados y/o perseguidos) frente a la «hagiografía oficial». Aínsa manifiesta al respecto:

Tal es el caso de la nueva novela histórica, donde se vertebran con mayor eficacia los grandes principios identitarios americanos o se coagulan mejor las denuncias sobre las «versiones oficiales» de la historiografía, ya que en la libertad que da la creación se llenan vacíos y silencios o se pone en evidencia la falsedad de un discurso (1994: 27).

¹² «En múltiples entrevistas se le ha preguntado al escritor qué lo motivó a escribir esta novela, y su respuesta siempre es la misma. Las razones por las cuales el escritor cubano emprende la titánica labor de investigación sobre este hecho es la falta de información en la Isla sobre León Trotski y el *Trotskismo*. Es este desconocimiento, estos vacíos de información, los que llevan a Padura a interesarse en el tema» (Cardozo Ruidiaz, 2017: 273).

Esa denuncia, en el caso de Padura, no empieza por las grandes narrativas ideológicas sino, más bien, por una cotidianidad de supervivencia, frente a los discursos grandilocuentes y a las invitaciones a los sacrificios del pueblo –supuestamente temporales– en aras de una promesa de felicidad incumplida que se presenta como escurridiza y, sobre todo, *sine die*.

6. Crítica de las penurias de la cotidianidad y defensa de la libertad comercial

Tanto para Padura como para sus personajes cubanos, vivir en la Isla supone una relación enfermiza de amor y odio por su país que acaba minando la salud mental –y también física– de ese mundo insular. Y esto porque cualquier acto cotidiano presupone burocracia, hacer colas, rebuscar entre la escasez, verse obligado a trapichear e incluso a cometer alguna ilegalidad por falta de libertad comercial. El autor cubano nos habla de sueldos infrahumanos, de hambre, de falta de medicinas, de papel, de electricidad, de combustible y de un largo etcétera, donde «la sociedad se fracturó, se hundió, y creció un espíritu de supervivencia que degradó los valores éticos de mucha gente, dando rienda suelta a la filosofía del *resolver*» (Padura, 2019: 70). Como uno de sus ejemplos, Padura nos presenta los efectos colaterales en la Isla de la caída de la URSS y la posterior *Crisis de los balseros* (1994) y cómo esa crisis aumentó, si cabe más, el mercado negro y los negocios ilícitos en Cuba¹³. El personaje de Iván lo explica en la novela como sigue:

En medio de aquel caos se producían robos de carteras y de remos, se habían montado negocios de venta de bidones de agua potable, de brújulas, de comida, de sombreros y gafas para el sol, de cigarrillos, fósforos, faroles e imágenes de yeso de las protectoras vírgenes de la Caridad del Cobre, patrona de Cuba, y la de Regla, reina de los mares, y hasta se alquilaban cuartos para despedidas amorosas y servicios sanitarios para necesidades mayores, pues las menores solían hacerse en las rocas de la costa, sin vergüenza. Los policías que debían garantizar el orden observaban aquella corte de los milagros con ojos nublados de confusión y obediencia, y de mala gana intervenían, con los frenos puestos, solo para apaciguar los ánimos, cuando brotaba la violencia (HAP: 351).

Quizás haya quien diga que esa cotidianidad material empobrecida y dominada por una economía de estraperlo no era tan penosa ni tan criticable si su finalidad era alcanzar y mantener los logros revolucionarios. No obstante, en la novela de Padura esa dura cotidianidad mata¹⁴. Con toda probabilidad, el momento que mejor refleje esas penurias sea cuando al final Iván acabe siendo víctima de esa miseria tan, en apariencia, inofensiva y literalmente se le caiga el mundo –o el tejado de su casa– encima, tal como nos cuenta su amigo Dany (Daniel Fonseca Ledesma) cuando se encuentra con la dantesca imagen del cuerpo de su amigo:

¹³ El propio Padura nos habla, en otra entrevista, de una Isla donde el 90% de la población se ve obligada a delinquir pacíficamente a diario en el mercado negro por culpa de su régimen político: «Cuba es un país donde de los once millones de habitantes, diez millones somos delincuentes porque participamos del mercado negro, compramos cosas robadas que a otros cubanos se las han robado. Existe una corrupción de bajo nivel, pero muy extendida. Es extendida. Es un país de delincuentes, porque la supervivencia ha obligado a las personas a cometer esos pequeños delitos –que a veces no son tan pequeños, ¿no?– para poder sobrevivir. Sin embargo, no es una sociedad de violencia» (Britton, 2013: 51).

¹⁴ Iván lo cuenta de este modo: «Pero el anuncio de que su osteoporosis (probablemente provocada por la polineuritis avitaminosa destapada en los años más duros de la crisis de los noventa) había terminado por evolucionar hacia un cáncer óseo, nos había enfrentado a la evidencia de un desenlace cercano, y a mí a la macabra constatación de que solo un designio retorcido podía encargarse de minar a mi mujer justamente con aquel padecimiento» (HAP: 10).

Ante mí estaba el fin previsible de un camino, un desastre de resonancias apocalípticas, la ruina de una casa y de toda una ciudad, pero sobre todo de unos sueños y unas vidas. Aquel montón de escombros asesinos era el mausoleo que le correspondía en la muerte a mi amigo Iván Cárdenas Maturell, un hombre bueno contra el que el destino, la vida y la historia se habían confabulado hasta destruirlo. Su mundo agrietado al fin se había deshecho y lo había devorado de aquella manera absurda y terrible (HAP: 491).

Si el socialismo real era esta ruina¹⁵, parece inferirse del párrafo anterior, los líderes de la revolución lo habían corrompido hasta tal punto que el experimento difería notablemente de lo teorizado por sus ideólogos originales. Padura, no sin una buena dosis de crítica sarcástica, afirma con la ayuda de su personaje Iván, que el socialismo real no debería equivaler ni a miseria ni a pobreza, «pues hasta los chinos, tras haber atravesado una revolución cultural de la que nada o muy poco sabíamos, reconocían que no había que vivir mal para ser socialistas. ¡Quién lo iba a decir!» (HAP: 273-274). Otro personaje que también se toma con humor estoico el «bienestar» esparcido por el comunismo estalinista en *El hombre que amaba a los perros* es Trotski. A este se le ocurrió un sencillo experimento para acabar con todos los comunistas estalinistas del mundo que, sin vivir bajo el comunismo, afirmaban –desde sus cómodos hogares– no importarles las supuestas nimiedades que implicaban las escaseces diarias de la Unión Soviética. El experimento, en la novela, se presenta así:

A cada uno de ellos, tan convencidos de las bondades del régimen, Liev Davidovich les haría una prueba: los pondría a vivir con su familia en un departamento de seis metros cuadrados, sin auto, con mala calefacción, obligados a trabajar diez horas por día para vencer en una emulación que no conducía a nada, ganando unos pocos rublos devaluados, comiendo y vistiéndose con lo que les asignasen por la cartilla de racionamiento y sin la menor posibilidad no ya de viajar al extranjero, sino de levantar la voz. Si al cabo de un año todavía defendían el proyecto y esgrimían grandes principios filosóficos, entonces los encerraría otro año en una colonia penitenciaria de las que Gorki había considerado fábricas de hombres nuevos... Ésa sería la prueba de la verdad (más bien un exceso, dijo), y ya verían cuántos Rolland o Aragón aún enarbolaban la bandera de Stalin en un restaurante de París (HAP: 305).

Lo que el régimen vendía como un triunfalismo era¹⁶, en realidad, para Trotski un reparto de miserias y arbitrariedades para la gran mayoría del pueblo ruso¹⁷. De nuevo, en tono sarcástico, el personaje Trotski describe la capital rusa en estos términos: «En un Moscú hambreado, donde resultaban un lujo los zapatos y el pan, en el que cada noche eran detenidos sin órdenes fiscales decenas de hombres y mujeres para ser enviados a los lágers siberianos, Stalin proclamó que el país había llegado al socialismo» (HAP: 80). Semejante afirmación, proveniente de un «traidor» como Trotski quizás no nos resulte fiable. Con todo, también los espías fieles al régimen que entrenan al *Soldado 13* (Ramón Mercader) se mofan del pueblo ruso al entrar en un bar, cerca del Kremlin, donde el olor es insoportable debido a la falta de artículos de higiene

¹⁵ Ni que decir tiene que la casa ruinosa de Iván Cárdenas Maturell es una metáfora de la desintegración de todo el bloque soviético. También, entre los estruendos de las ruinas que se amontonan, parece resonar el *Angelus Novus* del filósofo y crítico alemán Walter Benjamin.

¹⁶ «La obra de Padura se levanta como una metáfora del desencanto frente al hiperbólico discurso triunfalista del régimen» (Serrano, 2001: 109).

¹⁷ Para un informe más exacto y objetivo sobre las condiciones de vida en la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas véase el reciente libro de historia social de Fitzpatrick (2019).

personal¹⁸. El agente Grigóriev habla del pueblo revolucionario de este modo: «La verdad es que al pueblo escogido por la providencia de la historia le hace falta más agua y jabón, ¿no?» (HAP: 188). En este sentido, podríamos recoger más de un centenar de ejemplos que aparecen en la novela sobre las consecuencias que tuvo dejar la gestión comercial en manos de burócratas y de las corruptelas dentro del Partido, pero en la novela todos los ejemplos vienen a señalar que las escaseces, las hambrunas y todos los males de la revolución siempre tenían, sospechosamente, un culpable extranjero, en este caso, el enemigo capitalista norteamericano. Leonid Eitingon, alias Kotov, no deja dudas sobre ello al atestiguar esa manera de eludir responsabilidades: «Pero si los departamentos son pequeños y feos, la culpa, claro, es del imperialismo, que también es responsable de que los zapatos soviéticos sean tan duros y de que no haya desodorante y la pasta de dientes irrite las encías» (HAP: 470).

7. Conclusiones

Tal como hemos podido observar a lo largo de estos recorridos por las libertades en Padura, si bien no hay una definición exacta de qué es la libertad en *El hombre que amaba a los perros*, lo que sí podemos encontrar en la novela es una larga lista negativa sobre qué no es la libertad. Algunas de las libertades reprimidas que representa de manera excelente el protagonista Iván Cárdenas pueden resumirse como sigue: «[...] escuchar cierta música occidental, creer en cualquier dios, practicar yoga, leer determinadas novelas consideradas ideológicamente dañinas o escribir un cuento de mierda sobre un pobre tipo que siente miedo [...]» (HAP: 207). Asimismo, conviene aclarar de nuevo que, a pesar de todas las críticas anteriores al régimen comunista, la literatura de Padura no hace ningún tipo de apología del capitalismo despiadado –también denominado *neoliberalismo salvaje*. Él mismo ha señalado en varias ocasiones el reduccionismo de pensar que la historia –o incluso la vida– debe interpretarse en términos excluyentes de blanco o negro, esto es, o con el comunismo o con el capitalismo. Lo que sí muestra su literatura es una admitida gran defensa y obsesión por la libertad individual y por el pensamiento crítico. De ahí que sus ideas parezcan remitir más a la libertad republicana que al liberalismo. Padura defiende la libertad republicana que estudió, sobre todo, al analizar el Ámsterdam del siglo XVII para ambientar su novela *Herejes* (2014). Su concepción de libertad republicana pasa por dar más importancia al individuo y menos a la masa o al pueblo, pero también por pacificar la libertad de los antiguos frente a la libertad de los modernos. Y es que, al menos a partir del célebre ensayo de Benjamin Constant (1767-1830) sobre la libertad de los modernos confrontada con la libertad de los antiguos, la libertad se ha articulado en torno a una concepción donde hay una legalidad que garantice la inviolabilidad de las personas y elimine cualquier arbitrariedad, también en torno al derecho a expresar nuestra opinión, a escoger nuestro trabajo, a disponer de nuestras propiedades, a reunirnos con otras personas (por mutuo interés, por cuestiones políticas, económicas y/o religiosas) y a poder elegir a nuestros representantes en el gobierno. No obstante, para Constant, toda concepción de la libertad lleva aparejada una serie de problemas a tener en cuenta en cada época:

18 Mientras tanto, los miembros del Partido y la vanguardia comunista no tenían que sufrir ninguna de esas escaseces, al menos si tenemos en cuenta lo que nos indica el crítico Barquet: «[...] Padura presenta, sin cortapisas, la inapetible y demagógica contradicción entre un poder que pretende representar a las clases trabajadoras y sus dirigentes (o *Nomenklatura*) viviendo una vida de disipación y lujos tenidos como burgueses» (2016: 10).

El peligro de la libertad antigua consistía en que los hombres, atentos únicamente a asegurarse la participación en el poder social, despreciaran los derechos y los placeres individuales. El peligro de la libertad moderna consiste en que, absorbidos por el disfrute de nuestra independencia privada y por la búsqueda de nuestros intereses particulares, renunciemos con demasiada facilidad a nuestro derecho de participación en el poder político (2000: 7).

Padura, consciente de lo anterior, propone como antídotos contra los excesos de la independencia individual o individualista, la solidaridad y la virtud (articuladas tanto en lo público como en lo privado). Ambos antídotos están encarnados en la novela en el personaje de Iván, cuando habla de la «solidaridad de los jodidos» y de ser «buena persona» como una salvación personal en la Isla y/o en cualquier sitio sin libertad:

Mi fama de buena persona, más que la de veterinario eficiente, se extendió por la zona y la gente acudía a verme con animales tan flacos como ellos [...] y, casi contra toda razón en aquellos días de oscuridad, a regalarme medicinas, sutura, vendas que por algún motivo les sobraban, en una práctica fervorosa de la solidaridad entre los jodidos, que es la única verdadera. Y participando de aquella solidaridad en la que Ana se enrolaba siempre que podía –muchas veces era mi asistente en las vacunaciones, esterilizaciones y desparasitaciones masivas que pude organizar–, alejado de cualquier pretensión de reconocimiento o trascendencia personal, saludablemente apartado de los circuitos del miedo y la sospecha, fui elemental y realmente la persona que más se parecía a la que siempre hubiera querido ser, a la que, aún ahora, más me ha gustado ser (HAP: 348).

Iván no es un héroe sino un cubano normal que lucha por sobrevivir sin que el régimen le cree más problemas de los que tiene. Es más, en esta novela no hay héroes que salven el mundo, ni elegidos que nos rescaten; y esto porque los supuestos héroes y dirigentes carismáticos han degenerado, en demasiadas ocasiones, en líderes que a su vez han degenerado en dictadores. Con practicar, a nivel individual y social, la libertad y su inseparable solidaridad y virtud sería suficiente para que el mundo no deviniera en regímenes totalitarios. En *El hombre que amaba a los perros* el personaje de Caridad (la madre de Ramón Mercader) aparece como antítesis a la virtud frente a Iván; casi como si se tratara de una perversa Eva, Caridad (cuyo nombre paradójicamente significa en la cosmovisión bíblica *amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a uno mismo*) tienta a su hijo con la siguiente pregunta que desencadenará el terror: «Pero ¿estarías dispuesto a renunciar a todo? Y cuando digo todo, es todo. A cualquier sueño personal, a cualquier escrúpulo, a ser tú mismo...» (HAP: 30). Esa parece ser la pregunta de la que emergen todos los totalitarismos. Si nuestra respuesta es afirmativa (no importa el régimen político en el que estemos), entonces habremos perdido nuestras libertades públicas y privadas, y habremos empezado a formar parte de la barbarie.

Bibliografía

- AÍNSA, Fernando (1994). «Nueva novela histórica y relativización transdisciplinaria del saber histórico». *América. Cahiers du CRICCAL*, 14.1, pp. 25-39. <https://doi.org/10.3406/ameri.1994.1148>
- AÍNSA, Fernando (2014). «Nueva cartografía de la pertenencia. La pérdida del territorio en la narrativa latinoamericana». *Iberoamericana*, 14.54, pp. 111-126.
- ALDERETE, Matías (2013). «Masculinidad revolucionaria: la represión de maricones y la construcción del hombre nuevo en Cuba pos-revolucionaria». *X Jornadas de Sociología*. Facultad de Ciencias Sociales. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, pp. 1-15.
- BARQUET, Jesús J. (2016). «Significación crítica dentro de Cuba de *El hombre que amaba los perros*, de Leonardo Padura». *Diálogos*, 20.1, pp. 8-11.
- BORROTO LÓPEZ, Cecilia (2018). «La novela histórica de Leonardo Padura: necesidad de su inclusión en los programas de literatura cubana». *CD Monografías*, Universidad de Matanzas, pp. 1-9.
- CARDOZO RUIDIAZ, Manuel Faustino (2017). «Reseña de novela histórica: “El hombre que amaba los perros” de Leonardo Padura». *Ciencia Nueva. Revista de Historia y Política*, 1.1, pp. 271-277.
- CARPENTIER, Alejo (2015). *La consagración de la primavera*. Madrid: Akal.
- CONSTANT, Benjamin (2000). *De la libertad de los antiguos comparada con la de los modernos*. Valladolid: Centro de Estudios Constitucionales.
- CONSTITUCIONES CUBANAS. https://capacitacioncgr.jovenclub.cu/?page_id=6961 [01-10-2019].
- CORREA MUJICA, Miguel (2003). «La generación del Mariel: literatura y transgresión». *Espéculo: Revista de Estudios Literarios*, 23, s. p.
- FITZPATRICK, Sheila (2019). *La vida cotidiana durante el estalinismo. Cómo vivía y sobrevivía la gente común en la Rusia soviética*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- FORNET, Jorge (2003). «La narrativa cubana entre la utopía y el desencanto». *Hispanamérica*, 32.95, pp. 3-20.
- FOUCAULT, Michel (2019). *Historia de la sexualidad I. La voluntad de saber*. Madrid: Siglo XXI Editores.
- LÓPEZ, Magdalena (2012). «Utopía y distopía del fracaso revolucionario en la reciente novelística cubana». *TRANS- Revue de littérature générale et comparée*, 14, pp. 1-26. <https://doi.org/10.4000/trans.575>
- MONTES, María (2014). «Los terrores del poder. La violencia, el crimen y el miedo en *El hombre que amaba a los perros*». *América*, 44, pp. 137-145. <https://doi.org/10.4000/america.702>
- NEGRÓN-MUNTANER, Frances (2008). «“Mariconerías” de Estado. Mariela Castro, los homosexuales y la política cubana». *Nueva sociedad*, 218, pp. 163-179.
- NEWMAN, Britton W. (2013). «Entrevista a Leonardo Padura». *Hispanamérica*, 42.125, pp. 51-57.
- OPATRŇY, Josef, et al. (2015). *Las relaciones entre Checoslovaquia y América Latina 1945-1989 en los archivos de la República Checa*. Praga: Editorial Karolinum.
- PADURA FUENTES, Leonardo (2009). *El hombre que amaba a los perros*. Barcelona: Tusquets Editores [E-book].
- PADURA FUENTES, Leonardo (2014). *Herejes*. Barcelona: Tusquets Editores.
- PADURA FUENTES, Leonardo (2019). *Agua por todas partes. Vivir y escribir en Cuba*. Barcelona: Tusquets Editores.
- SCHMITT, Carl (1999). *El concepto de lo político*. Madrid: Alianza Editorial.
- SERRANO, Pío E. (2001). «Leonardo Padura o el desencanto». *Revista Hispano Cubana*, 11, pp. 107-111.
- SONTAG, Susan (2003). «Literature as Freedom». *Irish Pages*, 2.1, pp. 175-185.
- TABÍO, Juan Manuel (2016). «Tragedia, historia, novela: una aproximación a *El hombre que amaba a los perros*, de Leonardo Padura, y *Las benévolas*, de Jonathan Littell». *UH* [online], 282, pp. 109-116.
- TRAVERSO, ENZO (2003). *Los marxistas y la cuestión judía. Historia de un debate*. La Plata: Al Margen.
- TROTSKY, Leon (1941). «Thermidor and Anti-Semitism». *The New Internationalist*, 4, s. p.
- VIALETTE, Aurélie (2018). *Intellectual Philanthropy: The Seduction of the Masses*. Indiana: Purdue University Press. <https://doi.org/10.2307/j.ctvhhdss>

Pedro García Guirao

Katedra romanistiky
Filozofická fakulta
Ostravská univerzita
Reální 5
701 03 OSTRAVA
República Checa